

**DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO (B)**  
**Homilía del P. Valentí Tenas, monje de Montserrat**  
**11 de febrero de 2018**  
**Lev 13,1-2,45-46 / 1 Cor 10,31 hasta 11,1 / Mc 1,40-45**

Estimados hermanos y hermanas,

En muchas ciudades de la costa, sobre todo con puerto de mar, existía un lugar con paredes altas y cerrado, donde eran sometidos a observación y cuarentena las personas con epidemia o con enfermedades endémicas. Eran los lazaretos. El miedo a la peste, la lepra, la sarna o la tuberculosis estaban bien presentes en nuestro país en los inicios del siglo pasado.

Hoy, Jesús topa con uno de los dramas más crueles de su tiempo: la lepra. Esta era considerada una enfermedad vergonzosa, un castigo de Dios por un pecado personal o familiar. El afectado, además de llevar el dolor por su enfermedad, tenía que cargar sobre sí con el estigma de ser pecador público: ¡impuro! Esto conllevaba la total exclusión religiosa y social, con la consecuente repugnancia colectiva. Eran los impuros de la tierra. La mayoría de las personas les consideraban en realidad muertos en vida. Obligados a vivir fuera de las ciudades, malvivían su marginación, solos, los más heridos y lacerados; y, en pequeños grupos, los más sanos, porque así se defendían. Habitaban siempre en parajes inhóspitos, esperando que alguien, normalmente los familiares, les llevara comida, y siempre a una distancia prudencial.

Hoy nos encontramos con la sorpresa que un leproso solo y herido, sin nombre, sin personalidad, muerto en vida, rompe el tabú legal de las normas establecidas: hace un gesto osado y prohibido... Se acerca a Jesús decididamente. El Maestro no manda apedrearlo. El leproso se arrodilla, inclina la cabeza, y proclama su gran Fe: "Si quieres, Señor, puedes limpiarme". No dice: "Me puede curar", sino que pide solamente la purificación, para vivir normalmente en la sociedad. La compasión de Jesús se hace proximidad y dice: "Sí lo quiero: queda limpio", y toca al leproso, cuando todo el mundo se habría alejado. Cristo es la nueva Ley, y a partir de ahora nada puede ser impuro para un alma pura, incontaminada.

Tanto Jesús como el leproso reforman las normas de la ley; son innovadores, pero no están contra Ella, ni por debajo de Ella, sino sencillamente la sobrepasan. Sin embargo, Jesús manda al leproso que cumpla las pautas legales para ser verificado por los Sacerdotes y dictaminar así su pureza. Por último, el leproso se siente impulsando a pregonar la buena nueva como un nuevo misionero, como un nuevo Apóstol de la Iglesia.

Hermanos y hermanas, hoy, Jesús, se acerca a nosotros y nos hace llegar su gesto de ternura tocando nuestra personalidad más profunda. Él está aquí, en la Eucaristía que celebramos. Lo encontramos, arrodillados, en el Sacramento de la reconciliación. Lo encontramos dentro de los nuevos lazaretos de hoy en día: los "Centros de internamiento Temporales para Inmigrantes". En los jóvenes, sin papeles, de nuestras ciudades. Lo encontramos con las personas encarceladas injustamente o exiliadas por motivos políticos fuera de nuestro Principado. Lo encontramos en la soledad de geriátricos y hospitales. En los pobres que malviven en la calle. Lo encontramos en los refugiados que, huyendo del hambre y la miseria, mueren en las frágiles "pateras", en un mar embravecido.

El Evangelio de hoy no habla de separar, sino de integrar, y de dejarse integrar por Jesucristo, que para nosotros no excluyó a nadie. Como dice San Pablo, en la

segunda lectura de hoy: "procuro contentar en todo a todos, no buscando mi propia ventaja, sino la de la mayoría, para que se salven". Todos nosotros hoy somos invitados a la solidaridad y la misericordia como respuesta de nuestro Bautismo, en la santa Trinidad.

Hermanos y hermanas: faltan tres días para empezar el tiempo de Cuaresma. El próximo miércoles de Ceniza se nos hará una llamada a la conversión personal. Que estos cuarenta días sean un tiempo propicio para renovar nuestra vida, para así revivir, plenamente, la alegría espiritual de la santa Pascua.